

## Crónica de una experiencia

El Presidente de la Asamblea de Madrid, Jesús Pedroche, tan cercano desde hace tantos años, me pide amablemente unas líneas contando mis experiencias como Diputado y Presidente de la Cámara, destinadas a una publicación monográfica con motivo de cumplirse el XX Aniversario de la aprobación del Estatuto de Autonomía de nuestra Comunidad. Aunque mi oficio sea escribir, la solicitud del Presidente amigo supone para mí un reto singular. No quisiera que lo anecdótico desentonase en una publicación que imagino sesuda, plena de opiniones enjundiosas y sabias de catedráticos, magistrados, letrados de las Cortes Generales y demás ingenios de la Corte. Pero, como es de razón, nunca me atrevería a volar más alto de lo que aconseja la prudencia, por falta de conocimientos técnicos, de solidez en la teoría parlamentaria, de cimientos jurídicos. No es cosa de pedir asesoramiento, y me decido exactamente a cumplir el amigable requerimiento: contar mis experiencias en forma de crónica o testimonio como quien cuenta un cuento al abrigo de una lumbre acogedora. Junto a los altos vuelos del águila acaso no venga mal el vuelo humilde y medroso del zorzal. En eso estamos.

Llegué como Diputado a la Asamblea de Madrid en las elecciones de 1987. Encabezaba aquella lista de la entonces Alianza Popular un Alberto Ruiz-Gallardón muy joven, pero ya con amplia experiencia política de partido y una muy buena fama como concejal del Ayuntamiento de Madrid. Pronto comprendí, con la cercanía del trato, que era una de esas personalidades que en su relación con los demás deja huella. Inteligente, culto, orador extraordinario, temible y contundente en el debate, atesoraba y atesora, además, una de las virtudes que más cuentan en un político en democracia: corazón y verdad en sus palabras. Escucharle suponía creerle; construía credibilidad. Cuando tomé posesión como Diputado de la Asamblea y me incorporé a su círculo más cercano de colaboradores me sentí orgulloso de que una de esas casualidades que la vida mágicamente depara me hubiese colocado en el lugar adecuado y en el momento justo: trabajaba ilusionadamente con un personaje de singular equipaje intelectual y humano.

---

\* Presidente de la Asamblea de Madrid en la IV Legislatura.

Yo no me había caído de un guindo. Llegaba a la política *placeado*. Por mi condición de periodista, con experiencia de enviado especial y corresponsal tanto como de columnista y cronista parlamentario en el Congreso de los Diputados y en el Senado durante la transición, había tratado a políticos de España y del extranjero; a Ministros, a Jefes de Gobierno y a Jefes de Estado; desde Mario Soares, en su exilio, a Marcelo Caetano o De Gaulle, en el poder; desde el viejo De Valera, artífice de la independencia de Irlanda, a Idi Amín Dadá, el gigantón brutal que tiranizó Uganda; desde Papas tan distintos como Pablo VI y Juan Pablo II, a Saddán Husseín, cuando aún estaba lejos del «eje del mal»; y en España, desde el viejo José María Gil Robles, con tantas justificadas melancolías, a Dionisio Ridruejo, Rodolfo Llopis o Enrique Líster... y, cómo no, a líderes en el paro, en declive o emergentes, como Carlos Arias Navarro, Adolfo Suárez o Felipe González. Y cómo olvidar los viajes por esos mundos en el séquito informativo de los Reyes de España. Acaso por equipaje tan variopinto, ya con cierto cansancio de galopes, la llegada a la política, el paso de la fila «0» al escenario, supuso para mí un cambio lleno de ilusión. Mi labor como Diputado en la Asamblea, precisamente en el área de la Cultura, me convertía en un hombre feliz, sedentario después de haber sido nómada, a la vuelta de tantas situaciones difíciles y de tantas guerras ajenas. Era el momento de derramar acumuladas experiencias en un equipo, el de Alberto Ruiz-Gallardón, cuya «acción de oro» era él mismo, al tiempo capaz de pensarlo todo, de intuirlo todo, de resolverlo todo, de inundar de fe a quienes alguna vez pudiéramos sentir el arañazo de la flaqueza.

De aquella II Legislatura recuerdo, sobre todo, los debates de la Moción de Censura. Pocas veces un Parlamento tuvo tanto nivel dialéctico, salvo acaso en los últimos días del parlamentarismo monárquico, antes de 1923, y en los mejores momentos del parlamentarismo republicano de 1931 a 1936. Ruiz-Gallardón contándonos la fábula de la rana y el escorpión o explicándonos cómo el león es el rey de la selva, o las reiteradas veces en las que el Presidente Leguina se dolía ante la hipotética catástrofe de dejar la Comunidad en manos de «esta criatura», renacen a veces en mi memoria, esa madrastra que mima y confunde en humo la realidad y la fantasía. También recuerdo la ilusión de aquel equipo, la ilusión de hacer machadianamente camino al andar, de esgrimir la verdad para que un proyecto honesto y realista fuese entendido y asumido por las gentes.

La III Legislatura supuso la convicción de que el proyecto había sido asumido. Joaquín Leguina tuvo que abrazarse al oso, o sea a un Pacto de Legislatura con Izquierda Unida, para gobernar. Y lo escribo en términos políticos, es decir, con afecto. Pero el mensaje que había sabido sembrar Ruiz-Gallardón había sido recogido ampliamente en las urnas. Seguíamos haciendo camino al andar, Machado *dixit*. Una de mis satisfacciones de aquella Legislatura fue una nueva prueba de afecto y consideración de Ruiz-Gallardón: cuando fue nombrado Portavoz en el Senado, me llevó de Portavoz Adjunto. Desde 1989 había contado conmigo en el Senado, al sucederle yo en su escaño, en representación de la Comunidad de Madrid, cuando

él encabezó la candidatura senatorial en las elecciones de aquel año, siendo el senador más votado de España y dando la vuelta a todas las previsiones que nos otorgaban un solo puesto por Madrid, y Ruiz-Gallardón consiguió, por primera vez, tres. La sombra en aquella victoria, naturalmente personal y no política, y creo saber que también para el propio Ruiz-Gallardón, fue que quedase fuera de la Cámara el histórico socialista José Prat, gran persona, hombre recto y notable intelectual.

La IV Legislatura vino a confirmar lo que ya apuntaba la III: el mensaje había calado en el ciudadano. El proyecto que encabezaba Ruiz-Gallardón en Madrid recibió el espaldarazo de una mayoría suficiente en las urnas. La verdad es que pensé que el nuevo Presidente de la Comunidad contaría conmigo en el área de la Cultura, ya que en este campo le había acompañado durante años en la Asamblea, en el Senado y en la vida, y además era yo Presidente de la Comisión Nacional de Cultura del partido. Me llamó una tarde a su despacho de la calle de la Princesa y me anunció que me veía presidiendo la Asamblea de Madrid. Es cierto que su anuncio me sorprendió, y acaso en principio no me alegré, pero naturalmente agradecí su nueva prueba de confianza. En mi elección, junio de 1995, se sumó a los votos del Grupo Parlamentario Popular un voto testimonial de la oposición. ¿Un gesto? Entonces se iniciaba una de las etapas más hermosas de mi vida.

Durante los cuatro años de la IV Legislatura la Asamblea vivió momentos importantes de su historia. Traté, desde la Presidencia, de acercarme a los usos y costumbres de los Parlamentos de referencia, de modo que consideré que el espacio parlamentario es, como no puede ser de otra manera, un espacio ciudadano. Los Parlamentos han estado históricamente unidos a la cultura; no es casual que la Biblioteca de referencia en Estados Unidos sea la Biblioteca del Congreso, ni lo es que el Congreso y, sobre todo, el Senado de España posean colecciones pictóricas y bibliográficas de primer orden, celebren exposiciones, acojan presentaciones de libros y, en definitiva, sean testigos de la cultura —es decir, de la vida; de lo sensible y elevado de la vida— que fluye en el cuerpo social.

Se incrementó la presencia de la cultura en la Asamblea, y en esta política conté también con la iniciativa, el apoyo y el estímulo de la Mesa, cuyos componentes trabajaron mucho y bien en los múltiples asuntos que pasaron por su mano en Legislatura tan activa. Se prosiguió la política, iniciada en Legislaturas anteriores, de crear un patrimonio pictórico parlamentario, gracias a convenios con la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad y con Caja de Madrid, para que fuese posible incorporar obras costosas que de otra manera, por la vía del pequeño presupuesto que para tal menester se contaba, no hubiese sido posible acometer. Así ocurrió con obras de Liébana, de Lapayese, de López Hernández, de Álvaro Delgado, de Genovés y de Antonio López, entre otros. Y, sobre todo, gracias a esa política de sensibilidad por la cultura que decidió la Mesa unánimemente, gracias a la comprensión de la Consejería de Obras Públicas, Urbanismo y Transportes y gracias al propio artista que recibió ilusionado, y ya enfermo, el encargo puede contar hoy la Asamblea con el mural «La ciudad inacabada»,

última obra de Lucio Muñoz, una joya que preside el hemiciclo. Un convenio con la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando garantizaba asesoramiento técnico y objetividad en las incorporaciones de obras de arte a la Asamblea.

Por otra parte, y en colaboración con la Biblioteca Nacional, se realizaron cuidadas ediciones facsimilares de obras clásicas que hoy son buscadas en las librerías de lance como tesoros bibliográficos. También se fundó la revista parlamentaria *Asamblea*, que ha consolidado su prestigio entre las de su género. No menos importante fue el convenio con la Real Fábrica de Tapices, que pasaba un mal momento, y que acudió a Parlamentos y otras Instituciones para salir adelante en su gloriosa historia, que dotó a la Asamblea de alfombras de singular y hermosa labor. No podíamos permanecer sordos a la llamada de la varias veces centenaria Real Fábrica de Tapices, en cuyo Patronato estaba representada la propia Comunidad de Madrid.

Un hito cultural para la Asamblea fue la visita, el 21 de mayo de 1996, de Rafael Alberti, último representante de la generación poética del 27, y entonces el mayor prestigio vivo de la poesía española, que nos dejó sus «Palomas por la paz» que hoy cuelgan en los muros de la Cámara. Cultura es *cultivo*, y en el ámbito donde se residencia la palabra, la pluralidad, o sea en el Parlamento, donde se cultiva el diálogo con filo, a veces, pero sin espinas, la Cultura con mayúscula debe encontrarse *naturalmente* en su casa. Sólo quienes sufran, la que acaso sea mayor carencia que pueda padecer el ser humano, la carencia de sensibilidad, pondrían en duda algo tan obvio. Pero de todo hay en la viña del Señor.

La labor legislativa en la IV Legislatura fue amplísima, y la de control del Gobierno también, incorporándose desde el inicio de la Legislatura preguntas orales al Presidente de la Comunidad en cada Pleno, antes desde luego de que tal práctica se recogiese en el nuevo Reglamento. Desde 1987, que yo recuerde, el Presidente de la Comunidad había contestado a una sola pregunta oral en Pleno; creo saberlo bien porque la pregunta era mía y, además, me dio la razón; por ambas cosas probablemente deba estar agradecido a Joaquín Leguina. En la Asamblea se culminaron importantes consensos, gracias al rigor y sentido de la responsabilidad de los portavoces de los Grupos Parlamentarios, como los que dieron por resultado el tan renovado Estatuto de Autonomía de la Comunidad (1998), el nuevo Reglamento de la Asamblea (1997) y el propio Estatuto del Personal de la Asamblea (1999), atento a la promoción profesional como idea básica, aprobado, y por primera vez, en el Pleno de la Cámara tal y como había establecido la Asamblea en su Reglamento.

Se firmaron convenios con la Universidad Politécnica, para informatizar todas las labores parlamentarias, de modo que la Asamblea de Madrid se colocase en la vanguardia de los Parlamentos españoles en materia telemática, y con el IADE, para afrontar una auditoría energética y, a corto plazo, instalar paneles de energía solar en las amplias terrazas del edificio. Paralelamente, la Mesa decidió que la Asamblea de Madrid estuviese presente, y activamente, en el proceso de acercamiento de los Parlamentos regionales europeos, que

había iniciado el Presidente del Parlamento de Asturias, Ovidio Sánchez. En 1998 tuve el honor de ser elegido por mis colegas europeos Presidente de la Conferencia de Parlamentos de Regiones Capitales de Europa, a propuesta de Armand de Decker, entonces Presidente del Parlamento de Bruselas-Región, y hoy Presidente del Senado de Bélgica.

Capítulo aparte merece el traslado de la sede desde el viejo caserón de San Bernardo, el histórico Noviciado de los Jesuitas convertido después en Universidad Central, a Vallecas, en pleno Madrid Sur. Al inicio de la IV Legislatura sólo estaba colocada la primera piedra, y el proyecto arquitectónico contemplaba un solo edificio que habría de albergar los servicios de la Cámara y los Grupos Parlamentarios. Según crecía la obra se evidenció que, antes ya de su inauguración, el edificio proyectado quedaba pequeño, era insuficiente. Por ello fue necesario construir otro edificio en un solar contiguo (seis plantas más dos bajo suelo) para los Grupos Parlamentarios que, además, contaría en su planta baja con un salón de actos y una sala de exposiciones. Se trataba de abrir la Asamblea a los ciudadanos de Vallecas, utilizándose la planta baja de la sede de los Grupos como área cultural de referencia en un barrio con tanta personalidad y tradición cultural como Vallecas. La sala de exposiciones se abrió, precisamente, con una exposición de Álvaro Delgado, discípulo de Benjamín Palencia, en la última etapa de la llamada *Escuela de Vallecas* y luego *Escuela de Madrid*.

La mudanza del caserón de San Bernardo a Vallecas se hizo escalonadamente, y sin que se paralizasen ni un minuto los servicios de la Cámara, desde el Archivo al Registro. Este traslado sin paréntesis supuso un gran esfuerzo de todo el personal de la Asamblea que demostró, una vez más, su profesionalidad y su responsabilidad. El personal de todos los Cuerpos de la Asamblea forma un colectivo magnífico, y cada día de la IV Legislatura supuso para mí un orgullo dirigirlo. Al tiempo se iba *anclando* la Asamblea en el barrio. El Ayuntamiento aceptó amablemente rotular a la nueva plaza ante la Cámara con el nombre de Plaza de la Asamblea de Madrid y la Mesa decidió que ésa fuese su dirección postal. Se solicitó a RENFE que la estación de Entrevías antepusiese a su nombre tradicional el de Asamblea de Madrid, y así quedó.

El día 28 de septiembre de 1998 el Príncipe de Asturias presidía la inauguración de la nueva sede de la Asamblea. Por fin, después de ser un anhelo expresado por todos los Grupos Parlamentarios y por los sucesivos Presidentes desde su constitución en 1983, la Asamblea contaba con una sede propia, y acorde a su dignidad institucional. Quien encarna el futuro de la Institución Monárquica inauguraba una Asamblea de Madrid de nueva planta, de atrevida arquitectura, en la vanguardia de los nuevos tiempos.

Pocos meses después de aquella inauguración concluía la IV Legislatura, dejaba yo la Presidencia de la Asamblea, y tenía el honor de representar nuevamente a la Comunidad de Madrid en el Senado. Creo que ser Presidente de un Parlamento supone una experiencia apasionante para quienes nos sentimos parlamentarios en el mismo sentido de sus raíces terminológicas tanto como en su sentido político. Disfruté en la Presidencia de

la Asamblea de Madrid, con sus luces y sus sombras, desde mis aciertos y mis errores, sin duda más copiosos éstos que aquéllos, al servicio del pueblo de la Comunidad de Madrid, que, además, es mi pueblo. Los puntos oscuros, los agujeros negros, los he olvidado; las zancadillas, los tules de color amarillo, si los hubo, también los he olvidado. Recuerdo aquella IV Legislatura y tengo memoria viva del buen talante y del rigor de los debates, de la cortesía parlamentaria, de cómo quise —y no sé si conseguí— ser el Presidente de todos los diputados, y tener siempre abierto el despacho y el corazón a todos. Alguien me dijo un día que yo era un «liberal marañoniano», y al menos me gustaría serlo. Creo que ése es un talante aceptablemente parlamentario.

Hasta en las añejas Crónicas de nuestra historia literaria algo se quedaría en el tintero. Supongo que en esta crónica de urgencia también. No sé, justo al poner el punto final, si habré respondido adecuadamente con estas líneas a lo que mi querido Jesús Pedroche me pidió. En todo caso, y aunque se diga que de buenas intenciones está empedrado el infierno, mi intención era buena: contar un cuento de puertas adentro que acaso aburre de puertas afuera. Pero, eso sí, con la buena intención de desembridar en lo posible la memoria. Aunque la memoria es como un espejo; la imagen que te ofrece de ti mismo no es real, y acaso tú estás al otro lado del azogue, viviendo agazapado como esos tigres derrotados que habitan por siempre los espejos en el cuento de Borges.